

**UN ACTO DE LOCURA Y DESESPERACIÓN.
EL TERRORISMO PROCEDIMENTAL EN
«EL AGENTE SECRETO», DE JOSEPH CONRAD**

Iker Izquierdo Fernández

Traductor y periodista

Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos

El agente secreto, Joseph Conrad. Ed. Cátedra, 1995.

El agente secreto, publicada en 1907, es una de las obras más reeditadas del escritor polaco de adopción británica Joseph Conrad, si bien, quizás no se encuentra entre sus novelas más populares o recordadas como *El corazón de la tinieblas* o *Lord Jim*. En español cuenta con un buen puñado de traducciones y cuidadas ediciones a cargo de las editoriales más prestigiosas¹, lo cual habla de su importancia al menos dentro de la obra conradiana.

Esta es una novela que no obstante destaca entre otras cosas por la ubicación de su trama: el Londres de finales del s. XIX; un escenario muy alejado, en principio, de los que Conrad suele utilizar para ambientar sus poderosos dramas, a saber: el Caribe, el río Congo y el archipiélago malayo. Esta circunstancia no es precisamente baladí para lo que queremos resaltar en este comentario a *El agente secreto*. Una

[1] Para las citas directas de este escrito nos atendremos a la 6ª edición de Cátedra preparada por Dámaso López García, con traducción de Héctor Silva (edición original de 1995).

cuestión como la del terrorismo, en la época en la que escribe Conrad, solo podía en principio ambientarse en un escenario urbano europeo.

Ahora bien, como veremos, el terrorismo que se trata en esta novela es en realidad un terrorismo muy específico, el que dará origen al propio término, y que está caracterizado por una tecnología muy concreta que aparece en la segunda mitad del XIX: la bomba de relojería con dinamita, asociada en primer lugar al movimiento irlandés de los fenianos, y casi al mismo tiempo, al anarquismo nihilista ruso, tratado por Dostoievski en su obra maestra *Los demonios*. En *El agente secreto*, Conrad nos introduce en un ambiente de conspiraciones terroristas más próximas a los grupúsculos anarquistas de corte oriental. La mayoría de los personajes tiene sin duda nombres con resonancias extranjeras, muy poco ingleses, empezando por el protagonista, el Sr. Verloc.

Sin embargo, nuestro comentario no va tanto dirigido al tratamiento de la ideología anarquista que hace Conrad en la novela sino más bien a la importancia que tiene el terrorismo en la tragedia que se nos cuenta. Efectivamente, aunque Conrad hace hablar a los personajes que se dan cita en la tienda del Sr. Verloc sobre sus fantasías anarquistas, contradictorias las de los unos con las de los otros, y tiznadas de ironía e incluso desprecio por parte del narrador, lo cierto es que el drama principal gira en torno al patético final de la operación terrorista que se cuenta, y no en torno al anarquismo.

Sin embargo, para tratar esta cuestión será necesario contar con una teoría sobre el terrorismo que nos permita entender qué es lo que ocurre en la novela. La teoría que vamos a utilizar aquí es la del “terrorismo procedimental”, propia del Materialismo Filosófico, y que fue expuesta por Gustavo Bueno en un libro del año 2005: *La vuelta a la caverna. Terrorismo, guerra y globalización*.

Dice Bueno:

Con la expresión “terrorismo procedimental”, buscamos definir un concepto genérico y unívoco que sea capaz de cubrir a cualquier tipo de terrorismo que pueda ser especificado por sus contenidos (terrorismo político o apolítico, religioso o laico, terrorismo de Estado o terrorismo mafioso, terrorismo blanco o negro, etc.). Si todas estas especificaciones del terrorismo pueden ecualizarse en un concepto genérico será por la posibilidad de abstraer, o poner entre paréntesis, los contenidos específicos, en los cuales suele basarse, sin embargo, su “legitimación” o su “condenación”.²

Este concepto genérico se enmarca en un plano técnico, “procedimental”, que abstrae los contenidos del terrorismo, con los cuales resulta imposible construir una definición universal del fenómeno. La definición propuesta por el filósofo riojano será la siguiente:

Llamaremos *terrorismo procedimental*, en toda su generalidad, al tipo de interacción violenta, recurrente, no meramente “interacción puntual”, que puede establecerse entre dos partes de un complejo social humano, a saber, la parte activa o *terrorista*, que lleva la iniciativa de las acciones violentas, dirigidas contra la parte receptiva de la violencia o parte *aterrorizada*, que recibe la acción terrorista, cuyo objeto es preparar a esa parte receptiva para una “conformación” ajustada a los planes y programas que guían a la parte terrorista, en tanto esa conformación requiere la asimilación y la cooperación final de la parte aterrorizada.³

Siguiendo a esta definición, la estructura terrorista vendría caracterizada por cuatro características diferenciales:

[2] BUENO, G., *La vuelta a la caverna. Terrorismo, guerra y globalización*, Ediciones B, Madrid, 2005, p. 176.

[3] *Ibid.*, p. 181.

- 1) Desde la parte activa, será esencial la firma del terrorista, su marca, ya que la acción terrorista tiene por fin el revelar un mensaje práctico a la parte receptiva, y para ello debe dejar constancia de quién envía dicho mensaje.
- 2) La acción terrorista ejecutada por la parte activa no debe aparecer como terminada o cerrada, sino como abierta a su recurrencia sobre la misma parte receptora.
- 3) Desde la parte receptora, el ataque debe aparecer como inesperado, produciendo una reacción de “sorpresa aleatoria”, aunque desde la parte activa sea “prevista”.
- 4) Y por último, también desde la parte receptora, las acciones terroristas deben suscitar una complicidad objetiva de dicha parte *aterrorizada*.⁴

Sin duda, el caso de ETA es ejemplar desde el punto de vista de esta estructura técnica de terrorismo, al margen de sus contenidos, aunque podríamos poner otros ejemplos como los de los bandeirantes paulistas en las misiones jesuíticas del Paraguay o el de la mafia de Chicago en los años 20.

Si teniendo en cuenta esta teoría del terrorismo procedimental, la aplicamos a la trama de *El agente secreto*, nos damos cuenta de que en realidad no se cumple dicha estructura terrorista, y el incumplimiento de la misma no solo puede interpretarse como ironía por parte de Conrad (sin duda, en el caso de El Profesor), sino que también desencadena la tragedia familiar del Sr. Verloc, como veremos.

En la novela hay al menos dos casos que pueden analizarse desde esta perspectiva. El primero de ellos, es el del personaje conocido como “El Profesor”, muy probablemente inspirado por un personaje real de la época, llamado “Profesor Mezzerooff”, un especialista en bombas

[4] Ibid., pp. 182-188.

de relojería contratado por el feniano O'Donovan Rossa para impartir instrucción en la fabricación de explosivos. Rossa incluso publicaría por entregas un manual supuestamente escrito por Mezzeroff para fabricar bombas caseras, una especie de antecedente de Unabomber. Durante un mitin en Nueva York, Rossa presentaría a Mezzeroff como “el enemigo invisible de Inglaterra”.⁵

“El Profesor” de la novela de Conrad comparte con Mezzeroff precisamente ese aura de “enemigo invisible”, aunque descrito con un patetismo que deja entrever el desprecio del escritor por el personaje. La amenaza de El Profesor está ligada a la bomba que lleva a todas partes escondida en su chaqueta, con el fin de disuadir a la policía de su detención, pues con un curioso mecanismo de su invención, haría explotar la bomba en unos 20 segundos, llevándose por delante a todos los que estuviesen a su alrededor.

Como vemos, en este caso tenemos una parte terrorista (El Profesor) y una parte aterrorizada (la policía metropolitana de Londres), que no se atreve a detenerlo sabedora de la amenaza de inmolación. La situación está perfectamente descrita en el capítulo 5 de la novela, durante el encuentro casual del Inspector Jefe Heat con El Profesor, cerca de la casa de este último. Sin embargo, la estructura de esta relación no puede llamarse propiamente terrorista en el sentido del terrorismo procedimental. Estaríamos más bien ante otra estructura más propia de la Teoría de Juegos; quizás, el juego de la gallina o el de halcones y palomas. Y es que la estructura del terrorismo procedimental exige una acción terrorista y no solo la amenaza de la misma. Y esta acción debe poseer la amenaza de su reiteración. Ninguna de las dos cosas se da en el caso de El Profesor, pues una acción terrorista como la que pretende supondría su muerte y, por tanto, la imposibilidad de

[5] Consultar el excelente ensayo de Michael Burleigh, *Sangre y rabia. Una historia cultural del terrorismo*, Taurus, Madrid, 2008.

la recurrencia de la acción terrorista. En este sentido, la situación es absurda. En vez de encontrarnos con una estructura terrorista, nos encontramos con un individuo medio tarado que camina por la calle, y suponemos que incluso duerme, con una bomba adosada a su cuerpo, mientras perora sobre “un mundo mediocre, renqueante, sin fuerza.”⁶

El Profesor, lejos de ser una amenaza terrorista, aparece de esa manera como un personaje ciertamente odioso, y al mismo tiempo, patético, por no decir trastornado. Así lo describe Conrad en el último párrafo de la novela:

Y también el incorruptible Profesor caminaba, apartando los ojos de la odiosa multitud humana. No tenía futuro. Lo desdeñaba. Él era una fuerza. Sus pensamientos acariciaban imágenes de ruina y destrucción. Caminaba frágil, insignificante, descuidado, miserable... y terrible en el absurdo de su concepción que apelaba, para regenerar el mundo, a la locura y la desesperación. Nadie lo miraba. Pasaba, inadvertido y mortal –como la peste–, por la calle repleta de hombres.⁷

Analicemos ahora el caso de Stevie, el cuñado del Sr. Verloc, que desencadena la tragedia principal de este relato. Ante el cambio de personal en la embajada extranjera para la que trabaja Verloc, este se ve presionado para provocar una acción terrorista en menos de un mes, que haga reaccionar a las autoridades británicas y se tomen en serio la amenaza del terrorismo anarquista. El lector adivina que el propósito del Sr. Vladimir (el nuevo embajador) es obligar a Inglaterra a cooperar en la lucha contra el anarquismo que asola el centro y este de Europa. Vladimir, poco impresionado por los supuestos logros de Verloc como agente secreto, amenaza a este con prescindir de sus ser-

[6] CONRAD, J., *El agente secreto*, Cátedra, Madrid, 2018, p. 364.

[7] *Ibid.*, p. 365.

vicios si no consigue que los anarquistas con los que trata realicen una acción terrorista lo suficientemente gratuita que haga abrir los ojos a las autoridades británicas.

Verloc ve amenazado su sustento y el de su familia: la señora Verloc, su hermano “rarito” Stevie, y la madre de ambos. Tras varias vicisitudes, y recurriendo Conrad a una efectiva elipsis, Verloc hará uso del obediente Stevie para poner una bomba en el Observatorio de Greenwich (la acción gratuita sugerida por Vladimir), con la mala suerte de que el cuñado tropieza supuestamente con una rama de los árboles del parque haciendo explotar la bomba, y a él con ella, esparciendo sus miembros por toda la zona. Verloc, que ha enviado a Stevie por delante con la bomba, escuchará cómo esta es detonada antes de tiempo, y sale corriendo para regresar a Londres, adivinando que su cuñado ha muerto.

De entre los miembros esparcidos por las afueras del observatorio, la policía de Londres solo encontrará un trozo de tela con el que poder trabajar en la investigación. El trozo de tela de un abrigo en el que está escrita la dirección del Sr. Verloc. La enfermedad mental de Stevie hace que se pierda habitualmente por la ciudad sin saber cómo llegar a casa, por lo que su hermana, la señora Verloc, escribe con tinta la dirección en su abrigo, con la esperanza de que alguien ayude a Stevie a regresar a casa. Cuando el Inspector Jefe Heat llega con el trozo de tela a la tienda-casa de Verloc, queda descubierta la muerte de Stevie para horror de su hermana, desencadenando la posterior tragedia familiar.

En este caso, la estructura terrorista no se cumple en ninguno de sus puntos, ni incluso habiendo salido bien. Aunque hubiese sido un éxito, no estaríamos ante una verdadera estructura terrorista sino más bien ante los *arcana imperii* de un estado que recurre a un atentado con bomba para hacer que otro estado reaccione de la manera deseada. Sin embargo, no se revela la marca del terrorista, o más bien, sería una

marca falsa, y por tanto no cabe esperar, en principio, recurrencia de la acción, ni la parte supuestamente aterrorizada sabría quién tiene en frente exactamente. Además, la reacción de la parte receptora de la acción (las autoridades policiales británicas) iría dirigida a la lucha contra la parte activa (el terrorismo anarquista), y por lo tanto no habría complicidad objetiva, rompiendo así la estructura terrorista. Habría complicidad con el estado que ha diseñado el atentado secreto, pero este queda oculto, y no es formalmente la parte activa de la estructura.

La ironía, y la tragedia, es que debido al accidente que se produce, la marca (falsa) del terrorista -lo que revela su identidad-, es el trozo de tela del abrigo de Stevie, lo cual pondrá en marcha una cadena de acontecimientos que termine con Verloc asesinado por su mujer, y que esta última se suicide ahogada por el miedo y la culpa. Desde esta perspectiva, no tenemos parte terrorista (que se inmola por accidente) ni parte aterrorizada (si acaso Verloc y después su mujer, pero por razones diferentes de orden moral), sino una apariencia de acción terrorista que puede servir como metáfora de lo absurdo de las propias actividades terroristas de los anarquistas, y de las relaciones humanas en general, conociendo el pesimismo antropológico del que siempre hizo gala el escritor.

Al igual que en otras novelas de Conrad, un accidente fortuito o la acción inesperada de un personaje, pone patas arriba toda la trama inicial del relato, desbaratando los planes del héroe o personaje principal (esto se puede ver claramente en *Lord Jim*, *Nostramo* o *Salvamento*): en este caso, el fallido atentado con bomba, impregnado además de un aire de absurdez y banalidad, e insertado en unas insulsas relaciones familiares que merecen comentario aparte.

Joseph Conrad, que nunca ocultó su desprecio por el terrorismo anarquista, recurre en esta novela (entre otras cosas) a situaciones tangenciales a la estructura terrorista que le sirven como instrumento para

ridiculizar, en primer lugar, a los personajes anarquistas de la novela que se reúnen en la tienda de Verloc, y en segundo lugar, para poner de relieve la gratuidad de unas acciones que tienen consecuencias inesperadas, y por supuesto, trágicas, sin tener que recurrir a los atentados indiscriminados de masas.

Es, en fin, “un acto de locura y desesperación”, como diría El Profesor, que resume al menos una de las posibles perspectivas desde las que se puede leer esta excelente novela de Conrad, y que como todas las suyas, nos deja un gusto amargo y nos aporta una mirada irónica ante la realidad algo inefable que se despliega ante nuestros ojos.